

# **Palestina: del Nuevo Orden Internacional a la Guerra del Golfo III. La invasión de Iraq y el conflicto palestino-israelí.**

Enrique Herszkowich.

Cita:

Enrique Herszkowich (2004). *Palestina: del Nuevo Orden Internacional a la Guerra del Golfo III. La invasión de Iraq y el conflicto palestino-israelí. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/96>

**Palestina: del Nuevo Orden Internacional a la Guerra del Golfo III. La invasión de Iraq y el conflicto palestino-israelí**

**Enrique Herszkowich (profesor de Sociología de Medio Oriente, carrera de Sociología, UBA)**

[emherszkowich@hotmail.com](mailto:emherszkowich@hotmail.com)

**Palestina: del Nuevo Orden Internacional a la Guerra del Golfo III. La invasión de Iraq y el conflicto palestino-israelí**

**Palestina después del Golfo. El nuevo viejo escenario**

A más de diez años de la caída del muro de Berlín sobre las ruinas de lo que fuera, para bien o para mal, el contrapeso de lo que luego demostró ser la hegemonía unilateral norteamericana, diversas voces grandilocuentes nos han anunciado, en reiteradas ocasiones, el comienzo de nuevas épocas: el *fin de la historia*, que debió haber sido el fin de los conflictos en tanto no deberían haber aparecido nuevos desafíos a la potencia vencedora, un *choque de civilizaciones*, para recordarnos que aún no debía desactivarse el aparato militar de aquella potencia, y, siempre, el comienzo inevitable de un *Nuevo Orden Internacional*. Este Nuevo Orden comenzó siendo, hacia 1991, uno despojado de conflictos a gran escala, en el cual la comunidad internacional podría descansar sobre los hombros de un árbitro todopoderoso, los Estados Unidos, capaz de garantizar el

cumplimiento de reglas *universalmente* aceptadas. En ese marco, Washington podía conducir a la comunidad internacional representada todavía por la ONU, a una guerra que, en nombre de la *legalidad*, se proponía devolver a un *Estado legítimo* como Kuwait los derechos soberanos sobre su suelo (y subsuelo).

Ese mismo Nuevo Orden, presentado como el ideal de superación de conflictos heredados del período anterior, pretendió abrir también el camino para una solución del conflicto palestino-israelí. Si esta solución no era total, en tanto no resolvía todos los temas en discusión, por lo menos generaba por primera vez un marco en el cual las partes beligerantes podían negociar directamente entre sí. De hecho, los *temas conflictivos*<sup>1</sup> se dejaban conscientemente fuera de la agenda, para una segunda fase de negociaciones.

Pero estas negociaciones prácticamente se estancaron después de la firma de los Acuerdos de Oslo, en 1993-1994. Mientras ambas partes se acusaban de incumplir sus compromisos, la violencia aumentaba como producto de la desconfianza cada vez mayor hacia el interlocutor-enemigo y el escepticismo respecto de la posibilidad de alcanzar una solución política para el conflicto.

Tras el comienzo de la *Intifada Al Aqsa* o *Segunda Intifada* (septiembre de 2000), el camino de las negociaciones parece definitivamente cerrado. La caída del gobierno de Ehúd Barak y el ascenso de Ariel Sharón al frente del gobierno israelí parecieron confirmar que cualquier progreso obtenido desde el comienzo de las negociaciones había sido sólo una ilusión. Parecía que la situación estaba exactamente igual que antes del comienzo de las negociaciones bilaterales.

Mientras la nueva administración Bush no se mostraba tan involucrada como la anterior en promover un nuevo acercamiento entre israelíes y palestinos, la violencia aumentaba cada vez más.

En ese contexto se produjo el ataque contra el World Trade Center. Una vez más se anunciaba el comienzo de un mundo nuevo.

### **Segunda Intifada: fracaso de Oslo y fragmentación de las alianzas de poder**

El estallido de la Intifada al-Aqsa pareció en sus primeros días sólo un nuevo brote de violencia relacionado con algún acontecimiento coyuntural que la situación de la ocupación israelí brindaba cotidianamente.

Por entonces, los reiterados encuentros entre el primer ministro de Israel, Ehúd Barak, y el presidente de la Autoridad Nacional Palestina, Yasser Arafat, permitían esperar por lo menos una reducción de los niveles de violencia en la región y la reapertura del proceso de negociaciones comenzado durante la administración de Itzhak Rabin e interrumpido durante los años del gobierno de Biniamin Netanyahu. Pero al agravarse la violencia y hacerse evidente que, lejos de ser un estallido de furia popular coyuntural y desorganizado se estaba frente a una auténtica nueva Intifada como la del período 1988-1991, nuevas explicaciones intentaron dar cuenta del fracaso de los intentos de hallar soluciones políticas al conflicto.

Así surgieron diferentes interpretaciones acerca del fracaso de los acuerdos de Oslo que podemos clasificar en tres tipos. En primer lugar, las explicaciones *unilaterales* que justifican la acción de uno u otro bando y sus esfuerzos en la búsqueda de una paz que no encuentra interlocutor. Con mayor profundidad y distancia, un segundo tipo de explicaciones intenta analizar las *estructuras* de los

acuerdos, es decir, aquellas condiciones de las negociaciones que encierran sus propios límites. Por último, aquellos análisis que se centran sobre las características de las *partes negociadoras*, enfatizando sus propias limitaciones para lograr avanzar en un proceso que pretenden defender.

### **Las explicaciones unilaterales**

Además de tratarse de las primeras explicaciones del fracaso de las negociaciones, este tipo de argumentaciones representa las versiones oficiales de las partes enfrentadas, por lo cual sigue siendo el más difundido por los medios de comunicación. Pero al justificar la propia posición de quienes las esgrimen, encuentran su límite en la simple asignación de responsabilidades.

Así, la versión oficial israelí sostiene que Arafat habría provocado el fracaso de Camp David en 2000, rechazando las “*generosas ofertas*” de Barak. Arafat habría confiado en que la lucha armada podría aumentar la presión sobre Israel debido al desgaste de su población frente a la violencia y la inseguridad. Según esta explicación, el liderazgo palestino habría aprovechado la visita de Sharón a la Explanada de las Mezquitas, en septiembre de 2000, como un pretexto para relanzar una Intifada planeada ya con mucha anterioridad. Incluso el triunfo del partido de Sharón, explícitamente opuesto a Oslo, es explicado no por el rechazo de la sociedad israelí a las negociaciones en sí, sino porque esas negociaciones se desarrollaban con un interlocutor, Arafat, que no resultaba ya confiable<sup>2</sup>.

La asignación de responsabilidades tiene también su versión palestina. Según ésta, la Intifada habría estallado, como en diciembre de 1987, en forma espontánea frente a la intransigencia israelí, agravada ahora por el incumplimiento de los compromisos vinculados a los acuerdos de Oslo. El liderazgo palestino no

sería responsable por esa reacción popular, sino que la responsabilidad caería sobre el liderazgo político israelí que toleró el acto de provocación de Sharón. El desenlace de ese acto, que habría provocado a la Intifada propiamente dicha, habría sido la represión desatada por la policía israelí contra las manifestaciones palestinas de protesta del 29 de septiembre. Frente a la muerte de seis palestinos en ese primer día, las autoridades palestinas no habrían podido detener la expresión de la legítima furia popular<sup>3</sup>.

Las explicaciones unilaterales incrementan la idea de que nuevamente *se perdió una oportunidad* para la paz en la región. Pero como indica Rabinovich<sup>4</sup>, el énfasis en las oportunidades perdidas desvía la atención hacia lo que *no sucedió*, es decir, lo que el analista u observador considera que debería haber sucedido.

Por el contrario, un verdadero análisis que intente comprender lo sucedido debería analizar lo que efectivamente ocurrió. Es decir, cuáles fueron las razones que condujeron a los actores a tomar los caminos seguidos y no los otros previstos<sup>5</sup>.

### **Los límites estructurales de los Acuerdos de Oslo**

Superando las meras acusaciones entre palestinos e israelíes, el segundo tipo de explicaciones analiza los *límites estructurales* de los acuerdos de Oslo. También en este caso, y a pesar de no ser “explicaciones oficiales”, observamos versiones tanto en el campo israelí como en el palestino.

Comenzando por este último, encontramos las insistentes denuncias de Edward Said, presentes ya en la serie de artículos publicados entre 1993 y 1996, y recopilados en los libros Gaza y Jericó. Pax americana y en Palestina. Paz sin tierras<sup>6</sup>, acerca de la asimetría de las fuerzas que negociaban los acuerdos. Sin profundizar ahora las razones que expone Said para explicar por qué la Autoridad

Palestina aceptó tales condiciones, las conclusiones del autor son que un acuerdo basado en la imposición del más fuerte, negociado en inferioridad de condiciones, no puede ser viable. “La auténtica reconciliación no se impone a la fuerza, nunca se alcanzará entre sociedades y culturas cuyo poderío difiere abismalmente (...) La verdadera paz no puede conseguirse más que entre pares”<sup>7</sup>.

Aun antes del asesinato de Itzhak Rabin, en mayo de 1995, Said escribía que “cualquier cálculo construido sobre el supuesto de que los palestinos aceptarán durante mucho tiempo el fraudulento acuerdo que intenta imponérseles bajo el rótulo de *proceso de paz* está condenado al fracaso”<sup>8</sup>.

También crítico del papel de la dirigencia palestina en Oslo, Perry Anderson escribe: “Dos condiciones eran necesarias (para los planes de Estados Unidos tras la Guerra Fría): la co-iniciativa israelí y la sumisión palestina. La segunda era más fácil de conseguir que la primera. Pronto Arafat, después de haber aclamado a Saddam, estuvo implorando a Clinton de rodillas. Tratándose de uno de los líderes menos competentes que un movimiento nacionalista haya producido jamás (...) se mostró más o menos dúctil desde el principio”<sup>9</sup>.

También encontraremos explicaciones similares en el campo israelí.

Fundamentalmente, aquellas que desde la oposición política a la coalición gobernante, desmienten la versión de las “ofertas generosas” de Barak.

Amparado en la presión ejercida en su favor por Estados Unidos, Israel habría intentado obtener hasta último momento las mejores condiciones de negociación, manteniendo en pie la mayor parte de sus exigencias originales.

Ron Pundak, uno de los responsables de los acuerdos de Oslo, en junio de 2001, declaró que “la incorrecta instrumentación de las negociaciones durante la

administración de Netanyahu y la problemática gestión de Barak para alcanzar acuerdos permanentes han sido los dos principales obstáculos que impidieron a las partes superar sus diferencias"<sup>10</sup>.

El ex ministro de Justicia durante el gobierno de Barak, Yossi Beilin, reprocha al ex Primer Ministro israelí haber intentado retrasar unilateralmente la aplicación de los acuerdos de Wye River firmados en 1998, con el objetivo de hacer fracasar el proceso de Oslo. Otro funcionario de ese gobierno, Gilad Sher afirma que Barak había anunciado, en febrero de 2000 que retrasaría toda negociación con los palestinos si se avanzara en la por entonces buscada distensión con Siria<sup>11</sup>.

El mismo Beilin niega que la decisión de Barak de rechazar a Arafat como un interlocutor válido se debiera a la segunda Intifada o las dificultades de las negociaciones, sino que la atribuye a su propia derrota en las elecciones de febrero de 2001. Es más: con ese gesto Ehúd Barak se habría transformado en un "aliado de la derecha"<sup>12</sup>.

Lo que tienen en común estos análisis del fracaso de Camp David 2000 es entonces negar que hechos coyunturales (la provocación de Sharón en la Explanada de las Mezquitas, la obstinación de Arafat, etc.) sean argumentos suficientes para explicar el fracaso de los Acuerdos de Oslo.

### **Los poderes fragmentados**

Sin embargo, vincular la actual situación en las relaciones palestino-israelíes a los límites estructurales de los acuerdos originales de 1993-1994 constituye una respuesta incompleta. Si bien es cierto que aquellos acuerdos reflejaban una clara asimetría en las fuerzas que negociaban y dejaban sin resolver muchas de las exigencias palestinas, deben considerarse como una primera aproximación entre



las partes que nunca llegó a ponerse en práctica. Después de la ruptura de la vía de la negociación durante la gestión Netanyahu, dicha vía no pudo mostrar avances concretos en la calle palestina, durante el período del gobierno Barak. Lo que se encontró cerrado entonces era el camino de las negociaciones, aun de las asimétricas. Por su parte, Sharón no ha intentado ni siquiera reanudar negociaciones en las cuales imponer su fuerza militar y económica o su alianza con Estados Unidos, recurriendo sólo a las acciones puramente militares. Es necesario, entonces, analizar no sólo las relaciones entre los campos palestino e israelí, sino también las *relaciones de poder* que se dan *dentro* de cada uno de eso campos. Ningún gobierno podrá llevar adelante negociaciones si no cuenta con el consenso suficiente para soportar el costo político de tales negociaciones. Efectivamente, la gestión Barak estuvo condicionada por la debilidad de la alianza política que lo sustentaba. Desde julio de 2000 (antes del estallido de violencia) Barak estaba en minoría parlamentaria y sólo podía mantenerse en el poder mediante acuerdos coyunturales. La alianza que sostenía a Barak incluía al izquierdista Méretz y al Partido Nacional Religioso, lo cual lo inmovilizaba políticamente. Los ultra ortodoxos del Shas le reprochaban la anunciada “revolución laica” (y la negativa del ministro Sarid de continuar financiando a la red escolar religiosa); los laicos reprochaban que tal revolución no se hubiera dado. La derecha le reprochaba los acuerdos anunciados con los palestinos; la izquierda, la represión contra los mismos. También perdió el apoyo de los árabes israelíes (14% del electorado), a los cuales no incluyó en el gobierno. Además esos ciudadanos árabe-israelíes fueron reprimidos al solidarizarse con los palestinos de los territorios (represión en la que hubo varios

mueritos). Y mientras Barak se esforzaba en lograr algún acuerdo que salvara su gobierno, colonos de Hebrón atacaban poblados árabes<sup>13</sup>.

Quizás el más claro ejemplo de esta situación fue el acuerdo entre Barak y los diecisiete diputados de la tercera minoría, el partido ultra religioso Shas. Este partido acordó sostener al gobierno “por un mes” a cambio de cinco millones de dólares en subsidios a su red escolar y el aplazamiento de sus deudas fiscales<sup>14</sup>.

Cuando Barak sugirió un gobierno de unidad para *evitar las elecciones*, Sharón lo rechazó. Cuando Sharón propuso ese gobierno *hasta* las elecciones lo hizo intentando inhabilitar políticamente a Barak.

Hacia fines de noviembre, con una Intifada ya más sangrienta que la primera, Barak intentaba desesperadamente renovar el acuerdo con el Shas, al mismo tiempo que insistía en sus propuestas de unidad nacional con el opositor Likud (propuestas siempre rechazadas por el partido de Sharón).

En ese contexto el Likud logró que el parlamento aprobara por 84 votos (con el voto en contra sólo de los diputados árabes y los del Méretz) una ley que impedía modificar los límites municipales de Jerusalén sin la aprobación de una mayoría de 61 diputados. Esa ley anulaba por lo tanto la propuesta realizada por Barak a Arafat antes de comenzar la Intifada de ceder a la ANP los barrios árabes de Shuafat, Bet-Janina y Anata<sup>15</sup>. La capacidad de acción de Barak quedó aun más reducida cuando el mismo parlamento aprobó la ley que impide a un Primer Ministro en minoría firmar acuerdos internacionales<sup>16</sup>.

En otras palabras, Barak no logró mantener una coalición que le permitiera mantener un proyecto político viable. Cuando fue recusado por sus adversarios su alianza se quebró y no fue efectiva ni siquiera su presentación de las elecciones

anticipadas como un “referéndum por la paz”. Así, con una abstención del 40% del electorado (que incluía a los árabes israelíes, pero no sólo a ellos), la sociedad israelí condujo a Sharón al cargo de Primer Ministro en febrero de 2001 .

Por su parte, el gobierno de Sharón también estuvo signado por la misma debilidad parlamentaria, que lo obligó a convocar a las elecciones anticipadas de febrero de 2003. De hecho, antes de las elecciones y tras la retirada de los laboristas de la coalición, el gobierno “derechista” de Sharón fracasó en integrar en la alianza a un grupo de diputados... derechistas<sup>17</sup>.

Esta situación era muy diferente a la percibida en la época de mayores avances en el proceso de paz, es decir, la gestión de Rabin durante 1994-1995. Las elecciones de 1992 le habían dado al laborismo 44 diputados propios. Junto a los 12 diputados del Méretz tenía muchas probabilidades de formar un gobierno buscando alianzas tanto hacia los seis diputados del Shas como hacia los cinco votos de los partidos árabe-israelíes. Si bien no se llegaba a los 61 diputados necesarios para formar gobierno sin aliarse a otros partidos, el poder parlamentario estaba mucho menos fragmentado, por lo que las negociaciones políticas tenían más probabilidad de ser exitosas<sup>18</sup>.

En cuanto al campo palestino, la imposibilidad de Arafat en detener la Intifada o conducir negociaciones efectivas también estuvo determinada por las fracturas internas en sus propias filas. A pesar de las denuncias israelíes de complicidad con aquellos grupos radicalizados que se negaban a detener la violencia, Arafat hizo reiterados llamados a las fuerzas policiales palestinas en tal sentido.

Lo fundamental, a nuestro entender, no fueron los desafíos a tales llamados por parte de los grupos tradicionalmente opositores a la Autoridad Nacional Palestina,

como el Movimiento de Resistencia Islámico (Hamás) o el Frente Popular para la Liberación de Palestina, sino los surgidos en el interior mismo de su propia organización, como el de Marwan Barghouti.

En tal sentido, el investigador palestino Jalil Shikaki sostiene que lo que estaba sucediendo en la OLP era el surgimiento de una nueva camada de líderes que no aceptaba el liderazgo de la “vieja guardia”: “la Intifada (al-Aqsa) ha sido articulada y organizada por la nueva guardia del Movimiento Nacional Palestino, no sólo como respuesta a la visita de Sharón a la Explanada de las Mezquitas y al fracaso del proceso de paz para poner fin a la ocupación israelí, sino también como respuesta al fiasco de la vieja guardia de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en llevar a cabo el proceso hacia la independencia y la construcción de un Estado”<sup>19</sup>. Así, el liderazgo de Arafat también comenzaba a ser cuestionado desde el interior de sus propias fuerzas, lo cual no le hubiese permitido imponer un acuerdo que pudiese ser aceptado por sus bases políticas. Efectivamente, durante las primeras semanas de la segunda Intifada fueron varios los llamados de Arafat para detener la violencia desafiados por los propios líderes de Al-Fatah. Mientras se producía la mediación del representante de la CIA, George Tenet, Barghouti sostenía que la Intifada continuaría “mientras continúe la ocupación”<sup>20</sup>. El mismo dirigente, tras la orden de Arafat de detener la protesta respondió que “Arafat no puede dar esa orden, porque nadie puede controlar el sentimiento del pueblo” y que la lucha proseguiría hasta obtener “el retorno de los cuatro millones de refugiados, la devolución de los territorios conquistados en 1967, el derecho a tener nuestro estado y la total soberanía sobre nuestra capital, Jerusalén Este”<sup>21</sup>, propuestas *maximalistas* imposibles de cumplir en el marco de

los Acuerdos de Oslo y de todas las conversaciones mantenidas desde entonces entre los gobiernos israelíes y Arafat. Este tipo de declaraciones continuó aun después de los alto al fuego formales ordenados por Arafat a la policía palestina<sup>22</sup>.

De hecho, el laborista Shimón Peres, que participó en el “gobierno de unidad” de Sharón, había reconocido que Arafat ya no controlaba la violencia de los grupos disidentes palestinos. La lucha entre facciones dentro del Fatah quedaría completamente en evidencia también cuando los “Halcones de Fatah” acusen a los Tanzim controlados por Barghouti de ser “títeres de Arafat”<sup>23</sup>.

La desafiante nueva guardia mencionada por Shikaki, estaba integrada por hombres que pertenecían a una nueva generación en el liderazgo palestino.

Muchos eran dirigentes locales, consustanciados con la realidad cotidiana de la ocupación, en lo que se diferenciaban de los “tunecinos” que habían pasado años en el exilio junto a Arafat, pero alejados de la calle palestina. Estos “tunecinos”, los más leales colaboradores del líder palestino, como Abu Mazen o Nabil Shaath, habían devenido casi políticos profesionales.

Por lo general los nuevos dirigentes son también más jóvenes, menores de cuarenta años, formados al calor de la primera Intifada. Algunos de ellos pueden incluir a altos líderes de la Autoridad Palestina, como el mencionado jefe de los servicios de seguridad de Gaza, Mohamed Dahlan, pero la mayoría de las veces son de rango inferior. Otros nuevos dirigentes mencionados por Shikaki eran el también mencionado Marwan Barghouti o Husam Jader, “que gozan de la confianza de sus comunidades”.

Mientras la legitimidad de los dirigentes tradicionales proviene del lugar que han conseguido alrededor de Arafat, los cuadros jóvenes han conseguido su fama a partir de sus acciones callejeras de lucha contra la ocupación.

Según Shikaki, esta nueva guardia esperaba obtener una retirada unilateral del ejército israelí de los territorios ocupados. Sin embargo, más allá de la confianza en los métodos militares que parece atribuirles el investigador palestino, creemos que lo que guía la acción de los nuevos cuadros es justamente el vacío de poder creado en la conducción palestina. Tal vacío de poder ha sido generado, o reforzado por la política israelí de socavar la infraestructura de la Autoridad Palestina, por la pasividad frente a estos ataques de Estados Unidos, por la falta de oposición efectiva de la comunidad europea y por último, pero de ninguna manera menos importante, por las escasas muestras reales de apoyo de los Estados árabes y musulmanes a la administración palestina.

Frente a las manifestaciones que presionaban a la Liga Árabe reunida en Beirut para que utilizara del arma de petróleo en defensa de la población palestina, Arabia Saudí dejó claro que no cortarían el suministro de petróleo a occidente<sup>24</sup>. Por su parte, la Conferencia de la Organización Islámica se limitó a “invitar” a todos los países musulmanes a romper sus relaciones con Israel, en un compromiso entre los “duros” (Irak y Siria) y los moderados (Turquía y Jordania) que se oponían a tal medida. También se rechazó la propuesta egipcia de crear un fondo comunitario de 2000 millones de dólares para la Intifada<sup>25</sup>.

Sin embargo, no es menor la responsabilidad de los propios dirigentes palestinos, sobre todo en lo que concierne al escaso desarrollo de mecanismos institucionalizados de transmisión de mandos, de circulación del poder, o de

control hacia ese poder, obligando a las diferentes fuerzas políticas (tanto opositoras como representantes de facciones internas de Fatah) a confrontar entre sí. En una situación de conflicto armado, la situación es aun más grave, puesto que la legitimidad de quienes reemplacen al liderazgo histórico de Arafat deberá asentarse, inevitablemente, en la firmeza de los eventuales herederos de la defensa de la causa palestina. En otras palabras, es improbable que, desde el campo palestino, se acepte el recurso de la negociación política hasta que una eventual sucesión adquiera suficiente legitimidad entre sus propias bases. A pesar de eso, la solución a estas dificultades no sería de ninguna manera la democratización es decir, la occidentalización de los criterios de validación política, de las autoridades palestinas. De nada servirían la imposición desde el exterior de los valores occidentales, ni la imitación de los mismos por una elite política sin el sustento de una sociedad civil autónoma capaz de controlarla, cuestionarla o fortalecerla<sup>26</sup>.

Lo que se señala como un posible obstáculo para la negociación entre las partes es en todo caso la ausencia de una autoridad con poder real, y la carencia, hasta el momento, de criterios de sucesión institucionalizados y universalmente (en la sociedad palestina) aceptados.

La actitud beligerante de la administración Sharón también ha contribuido a potenciar esta situación. Tal como señala Shikaki, el aislamiento de Arafat que ha practicado el gobierno israelí ha fortalecido el surgimiento de estos nuevos liderazgos, así como de las tendencias islamistas, a pesar de los discursos de unidad que pretenden cerrar filas alrededor del líder histórico agredido.

La popularidad de Arafat era del 80% tras la firma de los acuerdos de Oslo. A partir de la falta de resultados visibles y de las consecuentes frustraciones de aquellos palestinos que creían que la diplomacia había obtenido las primeras concesiones concretas de Israel, dicha popularidad comenzó una tendencia descendente: 60% al comienzo del gobierno Netanyahu, para descender a 44% al final de dicho período (1999) y al 24% durante la gestión Barak. En diciembre de 2001, la popularidad de Arafat había descendido al 11%. Con relación a esto, y sin olvidar la responsabilidad israelí Shikaki sostiene que la Intifada es también una protesta contra el “hijo legítimo” del deslegitimado Oslo, la propia ANP <sup>27</sup>.

La política de Israel de aislamiento de Arafat y de erosión de su poder material (congelamiento de fondos, bombardeo de edificios gubernamentales, y finalmente, ofensiva militar contra ciudades palestinas y sucesivos “sitios” al líder), fue también acompañada por la persecución de los eventuales líderes alternativos. Como ejemplo de esta política podemos señalar tanto el juicio contra Barghouti por “homicidio” como las acusaciones contra el diputado árabe-israelí Azmi Bishara por “simpatías con agrupaciones terroristas”.

Sin embargo, una vez más se observa que el mismo Arafat no carece de responsabilidad al respecto.

Las presiones de Estados Unidos e Israel lograron imponer a la Autoridad Palestina el nombramiento de un Primer Ministro <sup>28</sup>.

Esta demanda, había surgido ya entre algunos miembros de las propias organizaciones palestinas. Por ejemplo, Dahlan afirmaba que antes de reiniciar las negociaciones o de neutralizar a las organizaciones disidentes como el Hamas o la Jihad Islámica, “es necesario que la Autoridad palestina se reforme. No para



responder a las presiones americanas o israelíes, sino *por el bien de los palestinos* (...) La nominación de un Primer Ministro, por ejemplo, es buena. Si la Autoridad palestina logra hacerlo a pesar de esta terrible situación, *ganará legitimidad*. Los palestinos le tendrán más confianza y podrá imponerse frente al Hamas ”.<sup>29</sup>

Abu Mazen, primer Primer Ministro, pertenecía a lo que Shikaki denominaba más arriba la “vieja guardia” palestina y siempre se lo consideró como uno de los sucesores naturales del líder. Acusado de corrupción, con propiedades valuadas en más de un millón y medio de dólares, y, sobre todo, habiendo realizado llamados a “desmilitarizar” la Intifada, Abu Mazen no era la figura con más popularidad entre los palestinos. De hecho, en enero de 1996 Edward Said lo acusaba de ser una mera extensión del poder antidemocrático y autoritario de Arafat<sup>30</sup>. Tampoco fueron bienvenidas sus declaraciones acerca de que los palestinos debían renunciar al regreso de los refugiados, ni la idea que se le atribuía de rebautizar como Al-Quds el poblado de Abu Dis y renunciar a la soberanía sobre Jerusalén<sup>31</sup>.

Sin embargo, el recibimiento de su nombramiento en la sociedad palestina no fue del todo malo. Por ejemplo, el líder del Frente Democrático para la Liberación de Palestina (FDLP) en Gaza, Salah Zeidan, declaró su disposición a participar en un gabinete de unión nacional dirigido por Abu Mazen aun cuando el FDLP había rechazado toda participación en un gobierno emanado de Oslo.

En cambio el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), el Hamas y la Jihad Islámica rechazaron unirse a ese gabinete de unidad. Sin embargo, las razones esgrimidas por ambos movimientos se centraron en la prioridad de la

lucha militar contra la ocupación, y no en el cuestionamiento del Primer Ministro (aunque Rantisi, del Hamas, alegó en su rechazo la oposición a un gobierno emanado de los Acuerdos de Oslo “que reconocen al Estado de Israel”)<sup>32</sup>.

Sin embargo, los conflictos surgidos durante la designación del gabinete anunciaban que no se trataba de una simple continuación del liderazgo tradicional palestino. Si bien Arafat tuvo éxito en el rechazo de algunas figuras propuestas por Abu Mazen<sup>33</sup>, el conflicto más notorio fue el centrado alrededor de la figura del ex jefe de seguridad de Gaza, Mohamed Dahlan. Dahlan fue el candidato de Abu Mazen para el puesto de Ministro del Interior. A pesar de haber apoyado la utilización de la violencia, se trataba de un funcionario que había demostrado ser capaz de reprimir, de ser necesario, a los grupos armados hostiles a la ANP. Arafat vetó el nombramiento, y cuando parecía que la crisis haría renunciar al electo Primer Ministro, las presiones europeas, egipcias y norteamericanas forzaron un acuerdo de compromiso.

Sin embargo, además de neutralizar a su crítico Dahlan, y aunque el liderazgo histórico de Abu Mazen le brindaba cierta legitimidad y abría el camino para la institucionalización de la circulación del poder, Arafat evitó que se convirtiera en una verdadera alternativa de poder. En tanto continuaba conservando el control sobre los organismos de seguridad palestinos, e inmune a las sospechas de corrupción, Arafat conservó la autoridad sobre la ANP.

Al asumir su cargo Abu Mazen reiteró su llamado a detener la violencia, desarmar las “organizaciones clandestinas” y respetar la “hoja de ruta”<sup>34</sup> (rechazando los intentos de Israel de excluir de la misma el derecho de los refugiados a regresar a Palestina). Pero tanto las organizaciones islamistas (Hamas y Jihad Islámica)

como las Brigadas Mártires de Al- Aqsa (cercanas al Fatah) rechazaron estas exigencias.

Sin poder real, la renuncia de Abu Mazen y el nombramiento en su lugar de Ahmed Qurei no permitieron aún la puesta en práctica de prácticas que permitan la institucionalización de los mecanismos de circulación, renovación y control del poder dentro de la ANP.

Los liderazgos alternativos continúan siendo defenestrados, tanto por Israel (mediante los *asesinatos selectivos* que descabezaron en dos ocasiones al Hamas o con medidas como el encierro de Barghuti), como por el aislamiento provocado por Arafat a las figuras alternativas.

La legitimidad histórica en la cual se basa el poder de la llamada “vieja guardia” será insuficiente si no resuelve las necesidades concretas de los palestinos. Más que las reivindicaciones simbólicas (el regreso de *todos* los refugiados, el status de Jerusalén, etc.) los eventuales nuevos acuerdos deberán mejorar la vida cotidiana de una sociedad palestina arruinada por la ocupación, además de normalizar e institucionalizar el poder palestino.

De lo contrario, si sólo se satisfacen las exigencias israelíes de seguridad para su población, es decir, si la Autoridad Palestina continúa relegada a la función de controlar a sus propias facciones y agrupaciones disidentes, será nuevamente la misma sociedad palestina la que termine de vaciar el poder real de esa institución, legitimando a su vez la militarización del conflicto, funcional a la derecha israelí.

La ola de secuestros y demostraciones de las propias filas de Al-Fatah contra las decisiones de Arafat<sup>35</sup> o las amenazas de Dahlan desde Jordania<sup>36</sup>, demuestran que un futuro acuerdo entre palestinos e israelíes ya no depende sólo del gobierno

israelí. Las concesiones que el liderazgo tradicional palestino sea capaz de realizar serán claves para detener la violencia en la región.

En el campo israelí también continúan las disputas internas. Por un lado Sharón anunció una cuestionada retirada unilateral de Gaza y la aceptación de un Estado palestino, admitiendo que no cree que se deba “gobernar sobre otro pueblo y administrar su vida”, ya que Israel “no tiene fuerza para eso. Es una carga pesada que pesa sobre la sociedad y genera problemas éticos y graves problemas económicos”<sup>37</sup>. Sin embargo, en el propio Likud estas ideas no tienen consenso, obligando a Sharón a buscar apoyo por afuera de su partido<sup>38</sup>.

La diferencia es que en Israel existen mecanismos universalmente aceptados de legitimidad política, mientras que de continuar la erosión de las posibles figuras alternativas en el liderazgo palestino se radicalizarán sus manifestaciones y la nueva dirigencia, alternativa a Arafat o simplemente sucesora, sólo podrá ganar su lugar a fuerza de encabezar la más violenta resistencia a la ocupación.

Hasta el momento, nada parece indicar para el conflicto palestino-israelí un “nuevo orden” muy diferente al de los últimos años. Las intervenciones puramente retóricas de las potencias europeas que no se alinean automáticamente con Estados Unidos, la ausencia de una posición comprometida en soluciones concretas de los líderes árabes o islámicos, que raya a veces en el abandono del pueblo palestino, y la imposición del camino de la militarización de los conflictos, así lo sugieren. Por su parte, la actitud de esos mismos países árabes o islámicos en la reciente crisis iraquí no permite prever un comportamiento más comprometido con el futuro palestino.

La experiencia demuestra que cuando las poblaciones perciben que las negociaciones traerán a la región ventajas concretas, comienza a allanarse el camino de la pacificación. Esto se vio en Israel en las elecciones que llevaron en su momento al poder tanto a Rabin como a Barak. Lo mismo puede decirse de la sociedad palestina, que supo sostener a su líder histórico en los días de Oslo, y lo recusó cuando las promesas no se cumplieron. La presión que la comunidad internacional pueda ejercer sobre las partes, especialmente sobre el gobierno israelí es fundamental.

Entre tanto, después de la gran promesa económica que significó la firma de los acuerdos de Oslo<sup>39</sup>, el crecimiento de la economía israelí pasó del 6% en 2000 al -1% en 2002, perdió casi el 50% de la inversiones directas en su territorio, su desempleo supera el 11%, de 0% de inflación en 2000 llegó al 7% en 2002 y el 20% de su población vive bajo la línea de pobreza<sup>40</sup>.

Sin embargo, no se puede confiar en que los daños causados por la actual situación a la economía israelí conduzcan por sí solos al cambio de la política hacia los palestinos. Muchas veces los poderosos, cuando perciben que su camino se estrecha, sólo confían en obstinadas salidas hacia delante. Una vez más, el ejemplo de Estados Unidos en la Guerra del Golfo III debería ser la referencia.

## **Bibliografía**

Anderson, Perry (2001): "Precipitarse hacia Belén", en *New Left Review*, número 10, septiembre-octubre 2001, Madrid

**Beilin, Yossi (2002):** “Aliados por la paz”, en *Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires, año III, número 32

**Ben Amí, Shlomó (1992):** *¿Cuál es el futuro de Israel?*, Barcelona, Ediciones B

**Bishara, Marwan (2001):** *Palestine / Israel, la paix ou l’apartheid?*, París, La Découverte. Reseña (en francés) en “Faustos años para la economía israelí”, *Le Monde Diplomatique*, abril de 2001, número 565

**Kaminer, Reuveni (2001):** “Moderados y militantes en la izquierda pacifista israelí”, en [www.elcorresponsal.com](http://www.elcorresponsal.com) 3 de julio de 2001

**Kapeliouk, Amnon (2002):** “Camp David, las causas de un fracaso”, *Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires, año III, número 32

**Martín Muñoz, Gema (1999):** *El estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Barcelona, Ediciones Bellaterra

**Rabinovich, Itamar (2000):** *El umbral de la paz. Las negociaciones sirio – israelíes*, Buenos Aires, Eudeba

**Said, Edward (1995):** *Gaza y Jericó. Paz americana*, Navarra, Txalaparta

**Said, Edward (2002):** *Palestina. Paz sin tierras*, Navarra, Txalaparta

**Shikaki, Jalil (2002):** entrevista de Jaled Abu-Aker y Leila Dabdoub, *Palestine-Israel Journal*, diciembre

**Shikaki, Jalil (2002):** “Palestinians Divided”, *Foreign Affairs*, Enero-Febrero 2002

**Vidal, Dominique (2003):** “Cómo presionar al gobierno israelí”, en *Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires, año IV, número 46, abril de 2003

---

<sup>1</sup> Esos temas eran el status final de la ciudad de Jerusalén, el grado de autonomía del futuro Estado palestino, así como sus fronteras definitivas, la cuestión de los refugiados palestinos, y la situación de las colonias israelíes de Gaza y Cisjordania.

<sup>2</sup> Ben Amí, Shlomó (2002): ¿Cuál es el futuro de Israel?, Barcelona, Ediciones B

<sup>3</sup> Explicando la Intifada el jefe de la policía palestina en Gaza, Mohamed Dahlan, afirma que "nadie puede prever con exactitud la reacción furiosa de la gente, que se siente herida o que ha tenido algún familiar que ha muerto en la Intifada". El país, Madrid, 22 de noviembre de 2000. Sobre la relación entre el estallido de las protestas y la visita de Sharón a la explanada de las mezquitas, ver por ejemplo Abdul Ilah Jatib, ministro de Asuntos Exteriores, de Jordania, El País, Madrid, 7 de noviembre de 2000

<sup>4</sup> Rabinovich, Itamar (2000): El umbral de la paz. Las negociaciones sirio – israelíes, Buenos Aires, Eudeba, páginas 15 a 17

<sup>5</sup> Caplan, Neil: *Sfutile Diplomacy*, vol.3, Londres, 1997, páginas 276-277: "En lugar de especular acerca de los '¿Qué habría pasado si...?' de la historia, hemos buscado ofrecer una mirada minuciosa y sobria a las posiciones y estrategias que sí adoptaron las partes." En Rabinovich, op.cit, página 18

<sup>6</sup> Editorial Txalaparta, Navarra, 1995 y 2002 respectivamente

<sup>7</sup> Said, Edward (1995):. Gaza y Jericó. Paz americana, Navarra, Txalaparta, página 23

<sup>8</sup> Said, Edward (2002): Palestina. Paz sin tierras, Navarra, Txalaparta, página 38

<sup>9</sup> Anderson, Perry (2001): "Precipitarse hacia Belén", en *New Left Review*, número 10, septiembre - octubre 2001, Madrid, página 17

<sup>10</sup> Citadas en Kaminer, Reuveni: "Moderados y militantes en la izquierda pacifista israelí", 3 de julio de 2001 en [www.elcorresponsal.com](http://www.elcorresponsal.com)

<sup>11</sup> Ambos testimonios citados en Kapeliouk, Amnon: "Camp David, las causas de un fracaso", *Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires, año III, número 32, febrero 2002 . Respecto del retraso de la negociación con los palestinos, el planteo es similar al formulado por Rabín en 1993, cuando pretendía circunscribir un acuerdo con ellos a Gaza si llegaran a avanzar las negociaciones con Siria. Ver Rabinovich, Itamar (2000): op.cit, página 120

<sup>12</sup> Beilin, Yossi (2002): "Aliados por la paz", en *Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires, año III, número 32, Febrero 2002

<sup>13</sup> El País, Madrid 11 de diciembre de 2000

---

<sup>14</sup> El País, Madrid, 1 de noviembre de 2000

<sup>15</sup> El País, Madrid, 28 de noviembre de 2000

<sup>16</sup> El País, Madrid, 5 de diciembre de 2000

<sup>17</sup> Sharón se vio obligado a disolver el Parlamento al no poder integrar en el gobierno a la Unión Nacional, bloque de partidos de derecha dirigidos por Lieberman, que consideraban que la política del gobierno hacia los palestinos era demasiado condescendiente. Le Monde, París, 5 de noviembre de 2002

<sup>18</sup> El Parlamento durante la gestión de Barak y del primer gobierno de Sharón estuvo, por el contrario, caracterizado por la fragmentación de partidos. La distribución de bancas era la siguiente: Likud, 19; Shas, 17; Agudat Israel, 3; Deguel Hatorá, 2; Partido del Centro, 5; Partido Nacional Religioso, 5; Israel be Aliá, 4; Laborismo, 25; Guésher, 2; Méretz, 10; Am Ejad, 2; Opción democrática, 2; Jerut, 1; Shinui, 6; Unión Nacional, 7; partidos árabes, 10. Con la retirada de los laboristas de la coalición, sólo los primeros siete partidos nombrados (55 diputados) apoyaron a Sharón.

<sup>19</sup> Shikaki, Jalil (2002): "Palestinians Divided", Foreign Affairs, Enero-Febrero 2002

<sup>20</sup> El País, Madrid, 19 de octubre de 2000

<sup>21</sup> El País, 22 de octubre de 2000

<sup>22</sup> El País, 3, 4 y 16 de noviembre de 2000

<sup>23</sup> El País, 6 y 19 de noviembre de 2000

<sup>24</sup> El País, Madrid, 21 de octubre de 2000

<sup>25</sup> El País, Madrid, 15 de noviembre de 2000

<sup>26</sup> Sobre los efectos de los valores y las instituciones de gobierno occidentales "impuestas o imitadas" en el mundo árabe, ver Martín Muñoz, Gema (1999): El estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista, Barcelona, Ediciones Bellaterra

<sup>27</sup> Palestine-Israel Journal, entrevista de Jaled Abu-Aker y Leila Dabdoub de diciembre de 2000.

Esto también prueba que la sociedad palestina tampoco percibía que Arafat era el responsable de la Intifada. De haber sido así, su popularidad hubiera aumentado.

<sup>28</sup> De hecho, un año antes de su nombramiento, Mahmmoud Abas (alias Abu Mazen) era uno de los cuatro nombres propuestos por Sharón a Estados Unidos para reemplazar a Arafat. Los otros eran Ahmed Qurei (alias Abu Ala), nombrado Primer Ministro al renunciar el primero, el mencionado Mohamed Dahlan y Jibril Rajub. El País, 8 de febrero de 2002

<sup>29</sup> Le Monde, París, 10 de marzo de 2003 (subrayado nuestro)

<sup>30</sup> Said, Edward (2002): Op.Cit. páginas 133 y 34

<sup>31</sup><sup>31</sup> Abunimah, Alí: "Por qué Israel está tan emocionado con el Primer Ministro Abu Mazen" [www.dailystar.com](http://www.dailystar.com), 15 de marzo de 2003

<sup>32</sup> Le Monde, París, 30 de marzo de 2003

<sup>33</sup> Como el del finalmente excluido jefe de policía Naser Yusuf. El mundo, Madrid, 28 de abril de 2003

<sup>34</sup> Se conoce como Hoja de Ruta al plan para el Medio Oriente elaborado por el "cuarteto" (Estados Unidos, Unión Europea, ONU y Rusia). Contempla tres etapas. En la primera se debería alcanzar el final de la violencia, la renovación de las instituciones palestinas, la retirada israelí de los territorios ocupados desde septiembre de 2000, el congelamiento de las colonias y el desmantelamiento de aquellas colonias construidas desde marzo de 2001. la segunda etapa, desde junio de 2003 a diciembre de 2003, prevé una constitución palestina y un Estado palestino con fronteras provisionales. Por último, la tercera etapa, hasta el 2005, planea resolver la cuestión de las fronteras definitivas, de Jerusalén, de los refugiados y de las colonias.

<sup>35</sup> En julio de 2004 estalló una rebelión intrapalestina contra el poder de Arafat. En distintos episodios fueron incendiadas las oficinas de los servicios de inteligencia de las Brigadas Mártires de al-Aqsa en Yenín, fue secuestrado el jefe de la policía palestina, Ghazi Jabalí, acusado de desviar 22 millones de dólares (16 de julio), se produjeron graves enfrentamientos entre militantes de distintas tendencias y el sobrino de Yasser Arafat, Musa Arafat fue obligado a renunciar al poco tiempo de ser nombrado al frente del servicio de seguridad.

<sup>36</sup> A comienzos de agosto de 2004 Dahlan afirmó al diario kuwaití al-Watan que "si Arafat no lleva a cabo reformas dentro de la ANP, 30 mil palestinos se manifestarán en las calles de Gaza". En cuanto a las manifestaciones palestinas, afirmó que son "una expresión de nuestras demandas



---

para una reforma". En la misma declaración reiteró la responsabilidad de la ANP en la desaparición de las donaciones extranjeras, de las que "5 mil millones de dólares se han ido por la alcantarilla y no sabemos dónde"

<sup>37</sup> Le Monde, París, 14 de abril de 2003

<sup>38</sup> Por ejemplo, Yehiel Hazan encabeza un grupo de 24 diputados que se opone terminantemente al congelamiento de la construcción en las colonias y a la posibilidad de un Estado palestino

<sup>39</sup> Bishara, Marwan (2001): *Palestine / Israel, la paix ou l'apartheid?*, París, La Découverte. Reseña (en francés) en "Faustos años para la economía israelí", Le Monde Diplomatique, abril de 2001, número 565: El ingreso anual per capita pasó de 12.600 dólares en 1992 a 15.600 dólares en 1995; se calcula que llegará a 20.000 dólares en 2001. Y a pesar del aumento de la inmigración proveniente de la ex Unión Soviética, el desempleo pasó del 11,2% en 1992 al 6,9% en 1995, otro indicador positivo si se considera que el Estado de Israel recibió en el mismo tiempo 300.000 trabajadores de Rumania y de Tailandia, entre otros países.

<sup>40</sup> Vidal, Dominique (2003): "Cómo presionar al gobierno israelí", en Le Monde Diplomatique, Buenos Aires, año IV, número 46, abril de 2003. Las inversiones extranjeras en Israel bajaron de 4,2 mil millones de dólares en 2002 a 2,6 según el Banco de Israel. Le Monde, París, 15 de septiembre de 2003